

Vienen
otros Caci-
ques con sus
tropas.

Jornada de
Yzucán.

Fortaleza
de aquella
villa.

Espera el
enemigo de
la otra par-
te de un río.

ros á los Tlascaltécas y demás aliados, cuyo número fue creciendo por instantes: porque á la fama de que se movía su persona, salieron otros Caciques de la tierra obediente con sus milicias á servir debaxo de su mano: y creció tanto su ejército, que, segun su misma relacion, llegó á Guacachúla con mas de ciento y veinte mil hombres. Dió las gracias al Cacique y á los soldados naturales, atribuyendoles enteramente la gloria del suceso: y ellos se ofrecieron para la empresa de Yzucán, no sin presuncion de necesarios, por la noticia con que se hallaban de la tierra, y por lo que ya se podia fiar de su valor. Tenia el enemigo en aquella ciudad, como lo avisó el Cacique, mas de diez mil hombres de guarnicion, sin los que se le arrimarian de la rota pasada. Los paisanos de su poblacion y distrito se hallaban empeñados á todo riesgo en la enemistad de los Españoles. La plaza era fuerte por naturaleza, y por algunas murallas con sus rebellines que cerraban el paso entre las montañas: bañabala un rio, que necesariamente se habia de penetrar; y llegó noticia de que habian roto el puente para disputar la ribera: circunstancias bastantes para que no se despreciáse la faccion, ni se dexáse de mover todo el ejército.

Iba Christoval de Olid en la vanguardia con la gente señalada para el esguazo, en cuya oposicion halló la mayor parte del ejército enemigo; pero se ar-

rojó al agua peleando, y ganó la otra ribera con tanta determinacion, y tan arrestado en los avances, que le mataron el caballo, y le hirieron en un muslo. Huyeron los enemigos á la ciudad, donde pensaron mantenerse, porque habian echado fuera la gente inutil, niños y mugeres, quedandose con mas de tres mil paisanos habiles, y bastimentos de reserva para muchos dias. El aparato de las murallas, y el número de los defensores daban con la dificultad en los ojos, y premisas de que sería costoso el asalto; pero apenas acabó de pasar el ejército, y se dieron las órdenes de acometer, quando cesaron los gritos, y desapareció por todas partes la guarnicion. Pudose temer algun stratagema de los que alcanzaba su milicia, si al mismo tiempo no se descubriera la fuga de los Mexicanos, que puestos en desorden, iban escapando á la montaña. Envió Cortés en su alcance algunas compañías de Españoles con la mayor parte de los Tlascaltécas; y aunque militaba por los enemigos lo agrío de la cuesta, se consiguió el romperlos tan executivamente, que apenas se les dió lugar para que volviesen el rostro.

La ciudad estaba tan desamparada, que solo se pudieron hallar entre los prisioneros tres ó quatro de los naturales; por cuyo medio trató Hernan Cortés de recoger á los demás, enviandolos á los bosques donde tenian retiradas sus familias, para que de su

Gana Olid
la ribera.

Retiranse
los enemi-
gos á la vi-
lla.

Pasa el
ejército, y
huyen los
Mexicanos.

Quedaron
rotos en el
alcance.

Hállase des-
amparada la
ciudad.

parte, y en nombre del Rey ofreciesen perdon y buen pasage á quantos se volviesen luego á sus casas: cuya diligencia bastó para que se poblase aquel mismo dia la ciudad, volviendose casi todos á gozar del indulto. Detuvose Cortés en ella dos ó tres dias para que perdiesen el miedo, y abrazasen la obediencia con el exemplo de Guacachúla. Despidió al mismo tiempo las tropas de los Caciques amigos, partiendo con ellos el despojo de ambas facciones: y se volvió á Tepeáca con sus Españoles y Tlascaltécas, dexando libre de Mexicanos la frontera, obedientes aquellas ciudades que tanto suponian, asegurado con la experiencia el afecto de las naciones amigas, y frustradas las primeras disposiciones del nuevo Emperador Mexicano, que suelen observarse como pronosticos de su reynado, y descaecer ó animar á los súbditos, segun las malogran ó las califican los sucesos.

Niega Bernal Diaz á Cortés esta faccion.

Afirmase lo contrario.

No quiere Bernal Diaz del Castillo que se halláse Cortés en esta expedicion. Puedese dudar si fue por autorizar la disculpa de haberse quedado en Segura de la Frontera, como lo confiesa pocos renglones antes; ó si le llevó inadvertidamente la pasion de contradecir en esto como en todo á Francisco Lopez de Gómara: porque los demás Escritores afirman lo que dexamos referido: y el mismo Hernan Cortés en la carta para el Emperador escrita en treinta de Octubre de mil y quinientos y veinte dá los motivos

que le obligaron á seguir entonces el ejército. Sentimos que se ofrezcan estas ocasiones de impugnar al Autor que vamos siguiendo; pero en este caso fuera culpa de Cortés, indigna en su cuidado, no haber asistido personalmente donde le llamaban desde tan cerca desconfianzas de los suyos, quejas de los confederados, voces de poco respeto entre los de Narbáez, Christoval de Olid, que gobernaba el ejército, parcial de los rezelosos, y una empresa de tanta consideracion aventurada. Perdona Bernal Diaz, que quando lo dixese como lo entendió, pudo antes caber un descuido en su memoria, que una falta en la verdad, y un desacierto en la vigilancia de Cortés.

Motivos que le llevaron á esta ocasion.

CAPITULO V.

PROCURA HERNAN CORTÉS adelantar algunas prevenciones de que necesitaba para la empresa de México. Hállase casualmente con un socorro de Españoles. Vuelve á Tlascála, y halla muerto á Magiscatzín.

A Penas llegó Hernan Cortés á Tepeáca, y á Segura de la Frontera, quando le avisaron de Tlascála que su grande amigo Magiscatzín quedaba en los últimos plazos de la vida: noticia de gran sentimiento suyo, porque le debia una voluntad apasio-

Enfermedad grave de Magiscatzín.